

mal... ¡Perfume delicioso, embriagador! Lo conozco perfectamente. Es el que usan las odaliscas en los harenes. (Aspirando de nuevo.) ¡Ay, qué delicia! (Suenan dos toques de campana.)

LADISLADA.—(Siente voces por el fondo.) No más, no más. Ya vienen los compañeros.

DON PEDRO.—(Con solemnidad enfática.) Hermosa Ladislada, queda sellado el pacto, el compromiso de ideal amistad. (Empiezan a entrar los que se indican.)

ESCENA V

LADISLADA, D. PEDRO.—HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, SOR BONIFACIA, LA MILAGROS, ETELVINA, POLIDURA, VIEJAS y VIEJOS, que se van esparciendo por derecha é izquierda. D. PEDRO se retira á la derecha, junto á DON TELÉMACO. LADISLADA se incorpora á las VIEJAS.

FANNY.—Todo es admirable, mamá, y responde á un alto pensamiento de humanidad.

TERRANOVA.—Se ve el intento de dar á los viejos la ilusión de la vida general.

HORT.—Dispéñeme la ilustre fundadora de *La Indulgencia*: yo veo en su obra tanta extravagancia como virtud. Sobra esplendidez en la organización doméstica; falta austeridad. La vida moral aparece aquí embarullada dentro de un laberinto de recreos y distracciones.

FANNY.—El teatrillo y el *cine* son una preciosidad.

HORT.—(A Sor Bonifacia.) En este teatro, ¿dan funciones los viejos de la casa?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora. Estudian y representan comedias de risa, y se divierten como criaturas. Algunos se pelean por los papeles de galán joven.

FANNY.—¡Qué monada!

HORT.—Aberraciones, hija mía. Pero nada me ha sorprendido como el café.

FANNY.—Un café chiquitín, con sus mesitas, su mostrador, sus botellas de licores...

TERRANOVA.—Y sus parroquianos y parroquianas.

HORT.—Advertí que se convidaban unos á otros; que éste reía, el otro pagaba.

TERRANOVA.—Diga, Hermana: ¿pero estos desgraciados llevan dinero en el bolsillo?

SOR BONIFACIA.—Sí, señor: el numerario de la casa.

HORT.—Será moneda figurada, que se les da para que gocen la ilusión del dinero.

POLIDURA.—(Es un viejo de buena presencia. Con más arrogancia que timidez, se acerca.) Véanlo, señoras. Es dinero, tan dinero como el del Gobierno. (Saca y muestra un puñado de monedas de níquel.)

HORT.—(Coge y examina una moneda.) Chápititas de níquel. (Lee.) *Nuestra Señora de La Indulgencia... cincuenta céntimos.*

FANNY.—(Que ha cogido otra monedita.) Esta dice: *una peseta.*

TERRANOVA.—(Lo mismo.) *Dos pesetas.*

SOR BONIFACIA.—Cuando entran aquí, se les da una cantidad...

HORT.—Ya me lo dijo el Capellán: cantidad que pueden aumentar ó disminuir...

SOR BONIFACIA.—Como que hay trabajos remunerados, hay Caja de ahorros... Y para gastar tienen café, billares, teatro, juegos lícitos...

HORT.—(A Polidura.) ¿Y estas chapas son para ustedes lo mismo que plata?

POLIDURA.—Lo mismo. Viéndolas correr... allí cobro, aquí gasto, acabamos por darles tanto valor como á las chapas del Gobierno ó más.

FANNY.—¿Y usted qué oficio tuvo antes de ser recogido aquí?... ¿Qué era?

POLIDURA.—Desgraciado.

HORT.—¿Comerciaba usted?

POLIDURA.—Quebraba; ese era mi oficio: quebrar. Parece que fué maldición. Mi padre me dejó una tienda de bragueros... Quebré á los seis meses, y luego emprendí varias industrias, que fueron otros tantos quebraderos de cabeza y de bolsillo. En sin fin de tiendas puse mi nombre y rótulo: *Cabrería, Café económico, Aguardiente*

higiénico, Jeringas y lacre, La Evidencia en calzado, El Desengaño en gorras. En todas quebré. Y cuando ya tenía preparado mi gran negocio de *Vinos á domicilio* por un sistema de tubos desde el depósito á las casas, por falta de capital se me vino todo á tierra. Después la ruina, la vejez, la miseria, el asilo... (Saludando.) Isidro Polidura, para servirles.

TERRANOVA.—Aquí no hay quiebras, amigo. Aquí está usted en grande.

FANNY.—(Volviéndose hacia el grupo de las viejas que están detrás.) ¿Y las ancianitas...? A ver: cuéntenos.

PASCASIA.—(Desgarradota, achulada.) Señoras serenísimas: Pascasia me llamo, cigarrera fui... treinta años y más en la Fábrica... calculen. Por marido tuve á un guapo gandul, comparando mal, que me zurraba y me tiraba del moño por un sí como por un no. El hijo se me hizo carterista... La niña mayor, que era un granito de mostaza, se me escapó á la Habana con un *lipendi*... Seis hijos más, todos muertos en la flor... Mis ojos llorando, mis dedos soltando pitillos, así se me ha ido la vida... vida de perros... No respiré, no viví hasta que las olas de Dios, pum, me trujeron á esta playa.

FANNY.—¡Pobrecilla! Aquí hallaste la paz.

SOR BONIFACIA.—(Presentando á Ladislada.) Esta ha sido cocinera de casa grande.

FANNY.—Vaya, vaya...

HORT.—Y aquí ayudará usted á las Hermanas que trabajan en la cocina.

LADISLADA.—No, señora, porque con el calor de las hornillas se me sube la sangre á la cabeza y me pongo muy mala.

SOR BONIFACIA.—Cuando la Hermana Cocinera no está muy fuerte en algún guisado, ésta le explica, le da lecciones.

HORT.—Buena maestra será. Y la más anciana de esta Comunidad, ¿cuál es?

SOR BONIFACIA.—(Abrese el grupo y Sor Bonifacia saca de la mano á la Milagros.) Aquí la tiene usted... La Milagros... Noventa y ocho años. (Saluda la Milagros con reverencia. Trémula, se apoya en un palo. Trae flores en la cabeza.)

FANNY.—¡Y qué bien se adorna la cabeza!

MILAGROS.—Ya de tan vieja soy como un altar.

HORT.—Y tan famosa, tan animada.

FANNY.—Casi un siglo. ¡Qué asombro! ¡Y qué de cosas habrá usted podido hacer en un siglo!

MILAGROS.—He sido lavandera. Estas manos han lavado la ropa de Mendizábal, de Espartero, de Narváez; la ropa de Julián Romea, de Sagasta, del padre Claret y de don Emilio Castelar. (Risas y exclamaciones de asombro.)

TERRANOVA.—Eso es refregar con agua y jabón un siglo de Historia.

HORT.—Como es tan viejecita, no trabajará usted ni ganará chapas ó dinero.

MILAGROS.—No lo necesito, porque cada uno de estos señores y señoras tiene que darme, según reglamento, diez céntimos cada domingo, por el achaque de ser la más vieja. Todos los días me tomo mi café y mi copa. Soy de las que tienen bula para una copita cada día... Sí, señoras, y tan contenta. Luego tengo entrada gratis y asiento de preferencia en el teatro.

HORT.—¿Y qué días hay función?

MILAGROS.—Ciertos días no más... Ya lo pone el periódico.

HORT.—(Asombrada.) ¿Pero también hay aquí periódico?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora: el periódico de la casa.

FANNY.—¿Y lo escriben los viejos?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora. Se entretienen. Ingenios hay en la casa para todo. Tratan unos de los grandes beneficios de *La Indulgencia*. (Risueña mira hacia don Pedro, como queriendo llamarle.)

DON PEDRO.—(Que está á la derecha hablando con don Telémaco.)

Sor Bonifacia habla de mí, del periódico... No estoy en traje conveniente para presentarme á esas señoras. (Se escabulle, desaparece por el fondo.)

TERRANOVA.—Es admirable.

FANNY.—Meritorio hasta no más.

SOR BONIFACIA.—Otros cultivan el género de pura amenidad, anécdotas, versitos... También refiere el periódico las visitas de personas ilustres; trae reseñas de las funciones de nuestro teatro, y la lista de los premios de la Lotería.

HORT.—(Aterrada.) ¡Lotería! ¿aquí Lotería?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora.

PASCASIA.—Pues aviadas estaríamos sin esa distracción...

SOR BONIFACIA.—Es uno de los puntos en que puso todo su cuidado la santa fundadora.

TERRANOVA.—Para dar á estos infelices la completa ilusión de vida española.

FANNY.—Y arrullarles en dulces esperanzas.

POLIDURA.—Todo lo hacemos como en la Lotería del Gobierno.

ETELVINA.—Yo pregonó y vendo la Lista Grande... Es mi alegría el pregonar.

MILAGROS.—Y todas jugamos.

PASCASIA.—Soñamos con el premio.

LADISLADA.—Y cuando no hay ganancia, volvemos á soñar.

PASCASIA.—Ganando y perdiendo nos divertimos la mar.

HORT.—Esto es un delirio.

FANNY.—Para que el espejismo sea completo, sólo falta aquí...

HORT.—Ya lo estaba yo pensando: una plaza de toros.

SOR BONIFACIA.—Eso no tenemos. Únicamente se les permite jugar al toro alguna vez.

HORT.—(Burlona.) ¿Con la cesta cornuda y...? (Sale por la izquierda Sor Vicenta, que llama á Sor Bonifacia.)

SOR BONIFACIA.—Permítanme... (Retírase á la izquierda.)

FANNY.—Mamá, no niegues que esto es interesantísimo.

HORT.—Veó todas las licencias y malos hábitos incompatibles con el recogimiento... En la fundación que proyectamos Abelardo y yo, seguiremos mejor camino.

FANNY.—Dí, mamá; ¿se sabe ya si es aquí donde está el tío de Abelardo?

TERRANOVA.—Creo que es aquí.

HORT.—Ya nos lo dirá el Doctor. Vámonos.

FANNY.—¿No vemos algo más?

HORT.—Basta, hija. Los viejos me entristecen. Esto me hace el efecto de un osario que se mueve, y de calaveras que ríen á carcajadas.

FANNY.—(A Sor Bonifacia.) Hermana, ¿se queda usted?

SOR BONIFACIA.—Dispénsenme que no salga con ustedes. Esta Hermana las acompañará. (Hacen reverencias viejas y viejos.)

HORT.—Adiós, y gracias mil.

SOR BONIFACIA.—Siempre á sus órdenes. (Salen Hortensia, Fanny y Terranova seguidos de la Hermana.)

ESCENA VI

Los mismos, menos HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA. Las viejas forman á la izquierda un corro en derredor de una mesa; trabajan todas, menos Etelvina, en labores de aguja ó gancho. Pascasia hace pitillos.

POLIDURA.—¿Qué me decís de esta panfilona?

ETELVINA.—Que está más pintá que el Museo.

POLIDURA.—La mar de rica será, con más billetes y más oro que la Lonja del Almidón.

PASCASIA.—Pa mí que todo lo tiene postizo: el moño, las muelas y el tabernáculo. La hija es monilla.

SOR BONIFACIA.—(Pasando junto á ellas.) Señoras, charlen y ríen cuanto quieran; pero no hagan befa de las personas que nos visitan.

MILAGROS.—Gozo de viejos es quitar pellejos.

SOR BONIFACIA.—Dé usted ejemplo, Milagros.

MILAGROS.—Hermanita salada, ¿me deja fumar un pitillo?

PASCASIA.—(Cogiendo un pitillo de la cajita en que tiene su obra.) ¿Se lo doy?

SOR BONIFACIA.—Dáselo: que fume y calle.

MILAGROS.—(Tomando el pitillo.) Ven aquí, mi alegría.

POLIDURA.—(Ofrece á Milagros un fósforo encendido.) ¿Y á mí no me da otro, *señá* Pascasia?

PASCASIA.—So fresco, ¿no tiene allí el estanco?

POLIDURA.—Ea, no es para chillar tanto. (A una seña de Sor Bonifacia, Pascasia da el pitillo á Polidura.)

MILAGROS.—(Chupando y fumando.) Una chupadita y dos y tres, saben mejor que el vino y que la miel.

ETELVINA.—(Viendo venir por el fondo á don Pedro y á Berdejo.) Ya vienen aquí esos pintureros.

PASCASIA.—A ver qué farsa nos traen hoy.

ESCENA VII

Los mismos.—DON PEDRO, BERDEJO y otros ANCIANOS.
Berdejo trae su lindo muñequito vestido de trapos.

DON PEDRO.—(Con rendimiento y finura.) Señoras Marquesas y Condesas: tengo el honor de presentarles al Chico de Berdejo, que acaba de llegar de Francia con las últimas novedades en niños de París... (Risas de las viejas.)

PASCASIA.—Adelante, pollos.

BERDEJO.—(Mostrando el muñeco, se expresa con timidez; sus palabras se enredan en la risa infantil.) Lo hice en París, á donde he trasladado jji, jji los grandiosos talleres que aquí tuve, Carnero, 4, jji, jji el de niños de cartón, y el otro de soldados y cañoncitos de plomo, jji, jji!.. *Competencia con Krupp.*

MILAGROS.—Asiéntense donde puedan, criaturas, y alternen.

DON PEDRO.—El honrado Berdejo quiere que las venerables niñas rifen el nene.

MILAGROS.—¡Ay! no: el nene no se rifa. (Lo coge.) Es para mí, (Lo agasaja contra su seno.) Aquí, rico mío; al calorcito de tu madre. (Da dinero á Berdejo.)

POLIDURA.—(A Ladislada.) Excelentísima Marquesa de la Cacerola, ¿puedes decirme si para cenar tendremos *batallón*?

LADISLADA.—Vizconde, tendremos un regimiento de judías verdes, y arroz con longaniza.

DON PEDRO.—Fea y vulgar conversación para visitas de etiqueta.

ETELVINA.—(Pasando por detrás de sus compañeras, se acerca á don Telémaco.) Dígame, don *Tele*, ¿el número que compramos va bien con lo que dicen sus jirigoncios?

DON TELÉMACO.—Mis cábalas, quieres decir. (De mal talante.) Pues no sé, no sé. Estos cochinos números se burlan de mí. Son las muecas de la cara del diablo. ¡Por más que les castigo, los arrastrados guarismos dicen que el gordo tendrá dos ochos, dos...!

ETELVINA.—¿Y el nuestro?

DON TELÉMACO.—(Iracundo.) ¡Rejinojo!... se descuelga con tres.

ETELVINA.—¡Por vida de los jirigoncios! ¿Y para esto se ha refrito la sesera?

POLIDURA.—(Que se ha acercado al grupo.) ¿Decís que el gordo vendrá montado en dos ochos? Pues el billete que tomaron esas pécoras tiene en medio ocho y ocho. ¡Ja, ja!... Pues no me voy á reir poco. Daré un bromazo á las viejas y un susto á don Pedro... veréis. (Pasa al corro de las viejas.) A ver, cotorronas, ¿no me habéis dicho que tenéis un número con dos ochos en medio?

PASCASIA.—Lo llevamos la señá Milagros y yo.

POLIDURA.—(Echa mano al bolsillo.) ¿Queréis venderlo? Al momento os lo compro.

MILAGROS.—Para tí estaba, gandulón.

PASCASIA.—¿Vendértelo? ¡Qué bruto! ¿Y si cae?

POLIDURA.—¿Qué ha de caer? Es que tengo yo capricho por ese número.

MILAGROS.—Límpiate, que estás de huevo, Polidura.

POLIDURA.—¿Y para qué quiere usted el premio, doña Siglos, si está ya, como aquel que dice, para que la embalsamen?

PASCASIA.—Sin vergüenza, no despotriques, no insultes.

DON PEDRO.—(Serio y enfático.) Amigo Polidura, es de mala educación mentar, y más aún, discutir la edad de las señoras.

POLIDURA.—Pues la discuto, ca...ramelos... me da la gana. (Enardeciéndose.)

DON PEDRO.—¡Eh, Polidura, á mí no me alce usted la voz!

POLIDURA.—A usted y al Verbo divino le alzo yo la voz cuando me faltan.

DON PEDRO.—(Petulante.) Yo no falto; instruyo, enseño la buena educación. Esto debe ser una sociedad decente. Basta de groserías. Planteo resueltamente la cuestión personal. (Las viejas ríen.) A quince pasos.

POLIDURA.—A quinientos pasos, ó á paso redoblado para llegar más pronto.

PASCASIA.—(Llama á Sor Bonifacia, que está en la puerta de la derecha.) Venga, Hermana, que estos niños quieren armar camorra.

MILAGROS.—Dejarlos. Así nos divertiremos.

- SOR BONIFACIA.—(Acercándose presurosa.) ¿Qué es esto?
- DON PEDRO.—A quince pasos, avanzando. (Escándalo y chillería de las viejas.)
- LADISLADA.—Nada, Hermana Bonifacia: hablaban de los pasos de Semana Santa.
- DON PEDRO.—Señora Hermana, no puede uno contener sus ímpetus naturales. (Se pasea.)
- PASCASIA.—Azoritos merecen.
- DON PEDRO.—(En su paseo se encuentra con Polidura.) Estoy á sus órdenes, Polidura.
- POLIDURA.—Pues que usted lo pase bien.
- SOR BONIFACIA.—Don Pedro, que le veo y le oigo; que voy á darle un tirón de orejas.
- PASCASIA.—Y otro tirón al deslenguado de Polidura.
- SOR BONIFACIA.—Ya les arreglaré á los dos. (A Ladislada.) Vaya usted á la cocina. La Hermana Cocinera tiene que hablarle.
- LADISLADA.—Voy al momento. (Vase presurosa por la derecha. Suena una campana: tres toques.)
- SOR BONIFACIA.—Ea, damas y galanes, llegó la hora gimnástica. Ya declina el sol. A la huerta grande todo el mundo. Ya sabéis lo que dice el Doctor: no emperezarse, no apoltronarse. Ejercicio, actividad. (Se levantan viejas y viejos, dirigiéndose al fondo.) Don Telémaco, tiene usted que dar la vuelta grande diez veces. Le permito que vaya después al café.
- MILAGROS.—Y yo, del brazo de Pascasia, mis seis paseítos cortos. (Don Telémaco da el brazo á Etelvina y salen juntos.)
- SOR BONIFACIA.—(Cogiendo por un brazo á don Pedro.) Usted se queda aquí conmigo.
- DON PEDRO.—(Sorprendido.) ¡Yo, Hermana!
- SOR BONIFACIA.—(Le tira de la oreja.) Aquí, digo. (Del dolor del estirón chillan don Pedro.) Picarillo, ¿con que desafío tenemos?... (Le suelta.)
- DON PEDRO.—Señora, yo...
- SOR BONIFACIA.—¿Qué ha sido? ¿Broma, chiquillada?
- DON PEDRO.—Juego social por lo elegante... ilusión de vida.
- SOR BONIFACIA.—Bueno... Está usted perdonado. (Van desapareciendo todos los viejos.)

ESCENA VIII

DON PEDRO, SOR BONIFACIA; al fin de la escena, LADISLADA.

- SOR BONIFACIA.—(Severa.) No piensa usted más que en jugar. ¡Vaya con el chiquitín! (Vuelve á tirarle de la oreja.) Venga usted aquí. Siéntese.
- DON PEDRO.—(Dolorido de la oreja.) ¡Ay!
- SOR BONIFACIA.—¿Duele?
- DON PEDRO.—Me duele y me da gusto. Tíreme de la otra.
- SOR BONIFACIA.—He dicho que se siente.
- DON PEDRO.—¡Perdón, Hermana! Mi educación me prohíbe sentarme delante de una señora que está en pie. Mándeme que me arrodille. De rodillas ante la señora y la santa; señado, no.
- SOR BONIFACIA.—Es que es usted viejo, y la vejez reclama comodidades.
- DON PEDRO.—(Queriendo protestar.) Viejo, hasta cierto punto no más.
- SOR BONIFACIA.—¿Ya viene presumiendo...?
- DON PEDRO.—La cortesía y la gratitud me mandan acatar todo lo que usted dice. Estoy frente á una santa y noble dama, que al propio tiempo es un dechado de hermosura.
- SOR BONIFACIA.—(Severa.) Mil veces le he reprendido sus irreverencias... y usted incorregible.
- DON PEDRO.—Señora, no hago más que alabar la obra de Dios.
- SOR BONIFACIA.—Don Pedro, mire que... (Le amenaza.) En fin, no me irrite.
- DON PEDRO.—Yo veo perfecta armonía entre la santidad y la hermosura. Fijese usted en los altares, Hermana Bonifacia. No verá usted en ellos ninguna santa fea... Y de menos nos hizo Dios... Yo podría ser también figura religiosa.
- SOR BONIFACIA.—(Burlona.) ¿Usted? ¡Qué gracia!
- DON PEDRO.—Yo imagino por un momento que somos Abelardo y Heloísa.

- SOR BONIFACIA.—(Tapándose los oídos.) ¡Jesús, Jesús! ¡Qué desatino!
- DON PEDRO.—Perdone usted. Debí decir Heloísa y Abelardo. La señora primero.
- SOR BONIFACIA.—¡Ay, qué hombre más tonto! Ea, basta de simplezas, y oiga lo que tengo que comunicarle. Y como es cosa de gravedad, le recomiendo que no se altere, que no se arrebate.
- DON PEDRO.—Mala noticia tal vez. (Queda suspenso.)
- SOR BONIFACIA.—No: es buena. Pero no quiero dársela de golpe y porrazo. Las impresiones fuertes, aun siendo buenas, trastornan á las personas débiles.
- DON PEDRO.—Soy de bronce. Venga el escopetazo.
- SOR BONIFACIA.—¿Tiene usted familia?
- DON PEDRO.—¿Familia? Como no me haya salido algún hijo... No sería extraño. ¡Podrían salirme tantos!...
- SOR BONIFACIA.—De hijos no se trata. ¿No tiene usted algún sobrino?
- DON PEDRO.—Abelardo. ¡Qué coincidencia! Hace un momento nombré al otro Abelardo... el de doña Heloísa... Pues mi sobrino está en América. De él he sabido que vivió y trabajó en Nueva York; luego en Chicago, donde ha ganado millones en el comercio de cerdos y en la fabricación de embutidos. Es el rey del chorizo. ¿Se ha sabido de él?
- SOR BONIFACIA.—Se ha sabido que está en Madrid.
- DON PEDRO.—(Estupefacto.) ¡En Madrid mi sobrino!
- SOR BONIFACIA.—Hoy estuvo aquí, sentado en ese banco. Su señora visitó detenidamente todas las dependencias de esta casa.
- DON PEDRO.—¿Aquella tarasca... digo, aquella dama tan elegante...? Parece cuento... ¿Y vienen de paso?
- SOR BONIFACIA.—No, no. Se establecen en España.
- DON PEDRO.—Y dígame: traen... Dispéñeme, Hermana. Estoy como atontado. ¿Mi sobrino trae...? (Indicando dinero.)
- SOR BONIFACIA.—Sí, hombre, sí. Es millonario. Millones de pesos, según dicen. El es riquísimo, su esposa también. No tienen hijos.
- DON PEDRO.—Hacen bien en no tenerlos. Los hijos no sirven más que para dar disgustos. ¿Y esa señorita...?

- SOR BONIFACIA.—Es hija de esa señora y de su primero ó de su segundo marido. ¿Qué más quiere saber? (Recordando.) ¡Ah! Don Abelardo está enfermo... es un catálogo de enfermedades. Da lástima verle.
- DON PEDRO.—(Con súbito arrebató.) ¡Abelardo, hijo mío! ¿Y él... mi propio sobrino encargó á usted que me notificara...?
- SOR BONIFACIA.—Directamente, no. Lo ha hecho por mediación del Doctor.
- DON PEDRO.—(Muy agitado.) ¡Hijo de mi alma! Reparas al fin tu olvido... deseas que tu tío carnal, el hermano de tu madre, viva con el decoro que le corresponde por su educación, por su brillante historia, por su...
- SOR BONIFACIA.—En buena ley, don Abelardo debe mirar por usted. Esta mañana decía nuestro Doctor: «Lo menos, lo menos que le ha de tocar á don Pedro, es un milloncito de pesetas.»
- DON PEDRO.—¡Ay, ay! Hermana, su boca de ángel canta las alabanzas del Eterno.
- SOR BONIFACIA.—Ya está usted barbarizando.
- DON PEDRO.—No barbarizo... bendigo á Dios, bendigo á usted, bendigo á Nueva York y Chicago... y á mi sobrino y á la Marcolfa... digo, á la excelentísima dama hermosa. ¡Ay! me canso, no sé lo que digo. La sorpresa me ha herido como un rayo. (Cae desfallecido en el banco.)
- SOR BONIFACIA.—¡Ay, que se ha sentado! ¿No decía que...?
- DON PEDRO.—(Levantándose de un brinco.) No, no me siento; me arrodillo. (Se arrodilla.) ¡Gloria in excelsis!... ¡Viva España! ¡Vivan las monjas bonitas!
- SOR BONIFACIA.—(Conteniendo la risa.) Basta, señor. No haga más locuras.
- DON PEDRO.—(Se pone en pie.) Es que... el suceso es de los que hacen época... suceso histórico... más, más que histórico, bíblico... Estamos en el Paraíso terrenal. Por un momento no más, me figuro que usted y yo somos Adán y Eva.
- SOR BONIFACIA.—(Tapándose la cara.) Cállese, indecente.
- DON PEDRO.—Personas decentísimas son Adán y Eva, y yo los invoco para expresar que...
- SOR BONIFACIA.—Cállese ó me voy, desvergonzado. Bien se ve

que la perspectiva del millón le ha trastornado el juicio... Pues su sobrino se ha hecho rico y quiere dejar memoria eterna de su paso por el mundo... Ya le dirá á usted que se propone fundar á todo gasto un Asilo de Ancianos como nuestra *Indulgencia*; ó mejor, mejor...

DON PEDRO.—¿De veras? Pues ahora veo claro los pensamientos de Abelardo con respecto á mí. Me favorece y al propio tiempo utiliza mis conocimientos en la materia, mi saber teórico y práctico. (Vivamente.) Hermana, recomiende usted á mi sobrino y á su esposa que lean mis artículos *Adorad á los Viejos* y *Caridad Integral*. El que tenemos impreso pueden leerlo en pruebas.

SOR BONIFACIA.—Los tres artículos leyó don Abelardo hace un rato, y los ha elogiado mucho.

DON PEDRO.—¿Y no dijo que seré Director?

SOR BONIFACIA.—Todavía es pronto, señor de Minio.

DON PEDRO.—Para mí no hay, no puede haber duda: Dirección tenemos... (Aparece Ladislada por la derecha.)

LADISLADA.—¿Por qué grita, don Pedro? ¿Qué le pasa?

SOR BONIFACIA.—Las venturas inesperadas le han incendiado la mollera. (Dirígese hacia Ladislada.)

DON PEDRO.—(Disparado, paseándose en el proscenio, monologuizando de un modo incoherente.) Director técnico, facultativo, administrativo, etcétera. Grandes edificios; pabellones aquí, pabellones allá. Vida integral, caridad integral. No ambiciono riquezas, no ambiciono más que gloria. Mi estatua en el patio de honor. (Ladislada, después de oír á Sor Bonifacia, corre á los patios del foro á contar la buena nueva. Sor Bonifacia, risueña, contempla las locuras de don Pedro.) Arquitectos, venid; filántropos, venid; venid, jardineros, mecánicos, decoradores. Aquí hay dinero sin tasa para todo lo bueno y grandioso... Y yo en automóvil, y Ladislada...a conmigo, en busca de todos los adelantos: la ilusión de la vida integral, la ilusión del placer, de la felicidad. (Empiezan á entrar por el fondo algunos viejos y viejas, que ya, por Ladislada, saben la noticia.)

SOR BONIFACIA.—Don Pedro, pobrecito don Pedro, chiquillo inocente y juguetero, vuelva en sí... Tenga juicio.

DON PEDRO.—(Dándose golpes en el cráneo.) Cabeza directo-

ra, discurre, inventa. Ideas grandiosas, venid, alumbradme.

SOR BONIFACIA.—Si sigue así, tendremos que ponerle chichonera.

ESCENA IX

DON PEDRO, SOR BONIFACIA, POLIDURA, DON TELÉMACO, ETELVINA, LADISLADA, PASCASIA, MILAGROS, BERDEJO; otros viejos y viejas. Van saliendo conforme indica el diálogo.

POLIDURA.—(Que corre derecho á don Pedro y le abraza efusivamente.)

Don Pedro de mi alma, soy el primero en darle las albricias. Por mil años sea. De la alegría no puedo hablar.

DON PEDRO.—(Con protección afectuosa.) Gracias, buen Polidura. Ya sabe cuánto le estimo.

POLIDURA.—La bronca de hace un rato, ya lo comprenderá usted, fué comedia, farándula para divertirnos.

DON PEDRO.—Sí, sí: pura broma, juego de muchachos.

POLIDURA.—(Abrazándole de nuevo.) Siempre amigos de corazón.

ETELVINA.—(Que entra con don Telémaco.) Se ha calzado el gordo y cien gordos sin comprar billete.

TELÉMACO.—Felicitemos al favorito de la fortuna, que la encuentra sin buscarla.

ETELVINA.—Que sea enhorabuena, don Pedrín.

DON TELÉMACO.—En mi pueblo hay un refrán que dice: *A quien Dios le quiere bien, la perra le pare lechones.*

DON PEDRO.—Gracias, y manden lo que gusten.

ETELVINA.—(Zalamera.) Rico, ¿verdad que harás algo por los probes?

DON PEDRO.—Sí, sí.

POLIDURA.—(Aparta bruscamente á Etelevina.) Vaya, no hay que arrimarse tanto.

ETELVINA.—¡Ay, qué tío! ¿Es usted del orden?

POLIDURA.—Es que estáis molestando, mujer.

DON PEDRO.—Déjales, Polidura. (Entran Berdejo y Ladislada con Milagros, que se apoya en Pascasia.)

- MILAGROS.—Goce de la buena suerte, y no se nos infle de vanidad.
- LADISLADA.—(Cariñosa.) ¡Qué alegría, don Pedro, cuando me lo dijo la Hermana! Usted se lo merece todo, porque es bueno, generoso y delicado.
- DON PEDRO.—(Aparte á Ladislada.) Amiga del alma, tenemos que hablar...
- LADISLADA.—(Como avergonzada.) ¡Ay! déjeme.
- PASCASIA.—Démosle la enhorabuena, y pidámosle los agüñaldos.
- POLIDURA.—(Interponiéndose.) Adiós, Madrid. Llueven pedigüños.
- BERDEJO.—Yo sólo le pido que proteja la honradez.
- ETELVINA.—Y yo que me proteja á mí, que soy honrada callejera. Consiga del señor Marqués y de la Madre que quiten el estanco y me den á mí la venta ambulante de tabaco y cerillas. ¡Y viva don Pedrín, el lucero de España! (Rien todos.)
- DON PEDRO.—Vaporosa Etelevina, tendrás lo que deseas.
- POLIDURA.—Pide más gollerías, cabra loca.
- LADISLADA.—¡Pobre señor, cómo me le marean estos moscones! (Tirando todos de don Pedro, le llevan de una parte á otra, acosándole con peticiones.)
- DON PEDRO.—(Atacado de alegría delirante.) Amigos... venid... Mis oídos y mi corazón se abren á vuestras amables peticiones...
- POLIDURA.—(Tirándole del brazo, le lleva al centro.) Haga el favor. Como sabe, para montar mi negocio de vinos á domicilio por medio de tubos, muy poco dinero me bastará... Poco dinero, amigo Minio... unos cinco mil duros... Negocio loco, rendimientos colosales...
- DON PEDRO.—(Estrechándole la mano.) Cuente con ellos...
- BERDEJO.—(Tira del brazo á don Pedro y le lleva para otro lado.) Respetable y queridísimo paisano y amigo, ¡ji, jil... Ya sabes que cuando perdí mi taller de muñecas y el otro de soldados y cañoncitos de plomo...
- DON PEDRO.—*Competencia con Krupp...* Ya sé...
- BERDEJO.—Me metí á polvorista con mi primo Vicente, á quien desde entonces debía y debo seis mil reales. A dos dedos de su ruína ha estado el pobre, por no poder yo cum-

- plir... ¡ji, jil... Cree, amigo del alma, que esta deuda ha sido y es mi suplicio, mi pesadilla... Me amarga la vida, me quita el sueño... De tí, de tu grandeza de alma espero que saldes esa cuenta... Seis mil reales, Perico, que no van á ninguna parte... ¡ji, ji, jil! ¿Podrás, querrás?
- DON PEDRO.—(Abrazándole.) Sí, sí: ¿qué menos puedo hacer por tan entrañable amigo?
- BERDEJO.—(Lloroso.) Eres mi padre, ¡ji, jil... no, mi hijo... no, ¡ji, jil! mi nieto.
- DON TELÉMACO.—(Apoderándose de don Pedro, le lleva á otro lado.) Mis pretensiones son harto modestas... Ya sabe... Por amor propio, por revestirme de algún decoro en esta casa, quisiera que el señor Marqués me nombrase *Director de espectáculos públicos*... administrador de la Lotería, administrador también de... Fompas fúnebres... Pero fíjese bien, señor de Minio, que todo sea puramente honorífico. En esos cargos no haré más que inspeccionar, dirigir... De trabajo, nada. ¿No le parece razonable mi pretensión?
- DON PEDRO.—Razonable y muy práctica...
- DON TELÉMACO.—¿Puedo contar...?
- DON PEDRO.—Puede, sí, darlo por concedido. El Marqués no me negará nada.
- DON TELÉMACO.—¡Bien por los hombres de poderío!
- ETELVINA.—¡Viva España con honra! (Se agrupan todos en derredor de don Pedro.)
- PASCASIA.—Al buen señor, con estas satisfacciones se le quitan diez años de encima.
- BERDEJO.—¡Si está hecho un pollo!
- POLIDURA.—¿Y no veis lo guapa que está Ladislada?
- DON TELÉMACO.—Tan coloradita y con ese ángel...
- POLIDURA.—¡Viva doña Ladislada!
- TODOS.—¡Que viva! (Burlas de viejas. Espantada, Ladislada se lleva las manos al rostro.)
- PASCASIA.—¡Ay, la niña vergonzosa!
- LADISLADA.—¿Pero es tiempo de máscaras?... Pues sepan que yo no admito bromas.
- POLIDURA.—¡Viva Pedro Minio, el opulento caballero!
- BERDEJO.—El protector de la honradez... ¡ji, jil...
- PASCASIA.—¡Y viva la *señá* Directora!

LADISLADA.—Cállese usted, so bruta.

DON PEDRO.—(Conmovido, radiante.) Gracias, gracias, amigos del alma. (Todos aplauden y chillan. Aparecen por la izquierda el Marqués y la Superiora. Los viejos se contienen, asustados.)

ESCENA X

Los mismos.—EL MARQUÉS, LA SUPERIORA.

SUPERIORA.—¿Qué es esto?

MARQUÉS.—¿Qué ocurre?

SOR BONIFACIA.—Nada, señor... les he permitido que se embriáguen de ilusiones... por un momento no más.

SUPERIORA.—¡Qué escándalo!

MARQUÉS.—No se asuste, Madre. Es la hora de Carnaval que, según la fundadora, debe concedérseles una vez por semana.

POLIDURA.—¡Aúpa! (Le cogen por las piernas y le levantan en alto, aclamándole.)

DON PEDRO.—Pueblo mío, honrado pueblo, gracias. Pedro Minio os promete consagrar toda su vida á vuestra felicidad.

TODOS.—¡Viva Pedro Minio! (Responden con ruidosa exclamación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en la vivienda privada del patrono de La Indulgencia.—

El fondo de la estancia es todo de cristales, con las ventanas del centro abiertas; al extremo de la izquierda, puerta practicable.—Forillo de jardín.—A la derecha, dos puertas: la de segundo término comunica con el comedor y habitaciones altas de la casa; la de primer término, con la cocina y dependencias inferiores. A la izquierda, primer término, puerta que da al patio; en el testero, un armario grande practicable.—Mesa en el centro; sillones y sillas.—Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

LA SUPERIORA, SOR VICENTA, EL DOCTOR;
después SOR BONIFACIA.

SUPERIORA.—¿Sacó usted ya la mantelería?

SOR VICENTA.—Sí, señora: ya está en el comedor.

SUPERIORA.—(Señalando al armario.) La cristalería fina está aquí.

DOCTOR.—(Entrando por la izquierda.) Buenos días, Madre y Hermana.

SUPERIORA.—Dios le guarde, Doctor.

DOCTOR.—¿El Marqués ha bajado?

SUPERIORA.—No tardará.

DOCTOR.—Me citó para revisar juntos la Estadística sanitaria. (Reparando en el traje de Sor Vicenta.) ¿Afanaditas, eh... preparando una linda mesa?

SUPERIORA.—Sí, señor... Y que en esta choza del señor Mar